

Kant: interlocutor de nuestro tiempo

Miguel Ángel Ruiz García

“Con la filosofía de Kant todo el pensamiento y existencia moderna entran por primera vez en la claridad y transparencia de una fundamentación. Esta fundamentación determina desde entonces toda actividad del conocimiento, las delimitaciones y valoraciones de las ciencias del siglo XIX hasta el presente. Kant sobresale tanto sobre lo anterior y lo posterior que aun los que lo rechazan o van más allá de él siguen dependiendo de él”

Martín Heidegger

La posición de Kant en el pensamiento moderno es prácticamente única. En mayor o menor medida es una condición previa común a las tendencias filosóficas más opuestas”

Hans-Georg Gadamer

INDICACIONES PREVIAS

El doce de febrero se conmemoró el bicentenario de la muerte del filósofo alemán Immanuel Kant. Más que hacer un inventario o un comentario de sus escritos, conviene recordar las intenciones y el efecto de sus planteamientos filosóficos. Una pregunta sencilla nos puede orientar en este propósito: ¿Qué hace que las ideas de este pensador conserven la

frescura y la actualidad, a pesar de las grandes transformaciones sociales, políticas, culturales, tecnológicas y espirituales que desde entonces han tenido lugar? Una primera indicación para la respuesta nos dice que la actualidad del pensamiento kantiano no está sólo en haber creado unos conceptos nuevos y en haberlos podido sistematizar de manera rigurosa y coherente, sino también en haber puesto su oído en las preguntas que inquietaban a sus contemporáneos.

Si entendemos, como lo dice Gadamer, que todo texto es una respuesta a preguntas motivadas por la propia experiencia del mundo, entonces podemos comprender que los escritos de Kant nos proponen una conversación con su tiempo. Entrar en esta conversación no significa buscar mayor erudición histórica sino más interesarse en obtener perspectivas y criterios para la conversación con nuestro propio presente. A este proceder que se aplica al juego dialéctico de dos temporalidades distintas, la hermenéutica le da el significativo nombre de fusión de horizontes. Así, pues, el punto de partida de las siguientes consideraciones interpretativas asume la idea de que el pensamiento filosófico se origina y tiene sentido en el diálogo con la tradición que nos es transmitida en los textos, el cual no es otra cosa que una manera de continuar el diálogo que somos nosotros mismos. Esta idea supone, como lo dice el mismo Kant, que “La compañía es indispensable para el pensador” , lo que equivale a recordar que “el filósofo es un hombre como los demás, alguien que vive entre hombres, no entre filósofos” .

Este carácter compartido y dialógico de la filosofía, subyace en la concepción kantiana del entendimiento y del sentido común que a todos nos iguala. Refiriéndose al papel de la filosofía respecto del entendimiento común Kant considera que “en relación con lo que interesa a todos los hombres por igual, no puede

acusarse a la naturaleza de parcialidad en la distribución de sus dones. La más elevada filosofía no puede llegar más lejos, en lo que se refiere a los fines esenciales de la naturaleza humana, que la guía que esa misma naturaleza ha otorgado igualmente incluso al entendimiento más común” .

Para muchos no deja de ser decepcionante el que la filosofía de Kant haga de lo familiar el punto de partida de su preguntar. Sin embargo, como palabra que hoy nos alcanza, su criticismo trascendental representa el esfuerzo por hacer comprensible los esquemas de pensamiento en los que tiene lugar nuestra experiencia cognitiva, moral, estética y ético-política del mundo. Quizá a esto se refiera la frase con la cual se inicia la *Crítica de la Razón Pura*: “No hay duda alguna de que todo nuestro conocimiento comienza con la experiencia” . Comprender la variedad de maneras en las que nosotros los humanos hacemos experiencias y en las cuales configuramos mundo es la preocupación que recorre de un extremo a otro la meditación filosófica de Kant. Esta meditación adquiere la forma de una reflexión sobre la racionalidad de las facultades humanas: La sensibilidad, el entendimiento, la imaginación, la voluntad, la razón y el juicio. Averiguando por los elementos que configuran la experiencia humana, Kant descubre, inventa o reconoce, las facultades o capacidades de nuestro espíritu.

Aunque Kant era consciente de que la forma lingüística alcanzada en las tres *Críticas* no podía hacerse popular, las intenciones que lo guiaron en su elaboración tenían como objetivo defender los intereses humanos en contra del monopolio y la arrogancia institucional de las escuelas o de los centros universitarios del conocimiento: “Las escuelas han de aprender, en un punto que afecta a los intereses humanos en general, a no arrogarse un conocimiento más elevado y extenso que el tan fácilmente

alcanzable por la gran mayoría” La filosofía crítica de Kant indica que la transformación en la manera de pensar los asuntos humanos “sólo se refiere a las arrogantes pretensiones de las escuelas que quisieran seguir siendo en este terreno (como lo son , con razón, en muchos otros) los exclusivos conocedores y guardadores de unas verdades de las que no comunican a la gente más que el uso, reservando para sí la clave (...) el filósofo especulativo sigue siendo el exclusivo depositario de una ciencia que es útil a la gente, aunque ésta no lo sepa, a saber, la crítica de la razón pura”

La filosofía es, en este sentido, la autorreflexión de nuestra experiencia del mundo. Esta autorreflexión tiene como primer requerimiento poner atención a la propia lengua, pues en el carácter especulativo de esta están las posibilidades mismas de la formación conceptual. Para reconocer la posición filosófica de Kant respecto de las elaboraciones conceptuales de sus predecesores ha de recordarse que Kant exploró las posibilidades conceptuales de su propia lengua, hasta el punto de iniciar algo inédito para la filosofía. Como seres pensantes que somos, los aficionados a la filosofía tenemos la responsabilidad de conducir la balsa de los conceptos en el río del lenguaje para devolverle a los conceptos filosóficos la vida de la que provienen. El camino que recorren los filósofos va siempre de la palabra al concepto. Cada gran filósofo, y Kant no es la excepción, pone su oído en la voz del lenguaje, razón por la cual las preguntas que se hace no son en sentido exclusivo las suyas, sino las que sus contemporáneos se hacen en el intento de comprender esa porción de vida que les corresponde vivir. El modo como dichas preguntas intentan responderse sí que requiere no sólo de tacto sino también del esfuerzo y la disciplina, lo cual no hay que entender como un tiempo robado a la existencia, sino más bien como una forma singular del existir, del estar

despierto para el existir en su ocasionalidad, tal como recuerda de manera insistente Heidegger en sus escritos. Como intérpretes de Kant, la modesta tarea del que se propone entrar en conversación con sus obras filosóficas consiste en ir del concepto a la palabra, de modo que dichos textos nos digan algo a nosotros, destinatarios ocasionales de aquel pensar conceptual.

Como he querido mostrar en estas indicaciones previas, mi intención en esta breve intervención es dar un primer paso en el camino hacia el pensamiento de Kant, para entenderlo como interlocutor de nuestro tiempo. En el momento actual no se trata sólo de su influencia acreditada en los siglos XIX y XX, sino también de la resonancia de su preguntar para nosotros, esto es, lo que de su arte de pensar sigue siendo válido. Esto, a pesar de que lo que impresiona y atrae al ser humano son los cambios, las revoluciones y la novedad, incluso de manera aún más decidida, aquello que el presente aplaude bajo la forma de la moda. Sin embargo, no puede negarse que la historicidad de la vida humana preserva de manera creativa algo del pasado.

Recuperar continuidades, aún reconociendo el influjo y la fuerza de las transformaciones históricas, nos permite aprovechar el legado de Kant, aún siendo conscientes de los dos siglos de distancia que nos separan de su manera de pensar. Para tal propósito me interesa lo siguiente: En primer lugar, recordar las tres preguntas que mantuvieron en vilo a Kant. En segundo lugar, articular dichas preguntas a partir de las tres máximas del sentido común formuladas en el parágrafo 40 de la Crítica de la Facultad de Juzgar. El tercer punto estará dedicado a presentar la imagen de la filosofía que de dichas preguntas y de dichas máximas se derivan.

LAS TRES PREGUNTAS DE LA RAZÓN HUMANA

En el capítulo segundo “El canon de la razón pura”, de la Doctrina Trascendental del Método, Kant condensa la travesía conceptual de la Crítica de la Razón Pura en tres preguntas: “Todos los intereses de mi razón (tanto los especulativos como los prácticos) se resumen en las tres cuestiones siguientes: ¿Qué puedo conocer?. ¿Qué debo hacer? y ¿Qué puedo esperar?” .

Lo primero que hay que decir de estas preguntas es que surgen de manera natural en la razón humana; Kant recoge en ellas las preguntas de sus contemporáneos. Sería un craso error creer que tales preguntas surgen sólo en la inteligencia del científico, del moralista o de cualquiera de los profesionales de las ciencias humanas, en ese entonces, llamados metafísicos. Los usuales modos de pensamiento, que Kant no duda en denominar metafísica dogmática, han perdido el poder explicativo e interpretativo en la experiencia humana. No son los académicos los que por primera vez se preguntan de este modo; el arte de preguntar es un arte propio de la existencia humana que quiere encontrar orientaciones cuando los criterios usuales no son suficientes para decidir y para actuar.

Kant se percató de que el conocer, el actuar y el esperar ya no podían ser medidos con el baremo que proporcionaba la concepción religiosa, teológica y metafísica del mundo, pero tampoco admitió que fuera el baremo de la ciencia el que estableciera los criterios para plantearse y responder a dichas preguntas. Los resultados de la ciencia en relación con la investigación de la naturaleza son útiles y provechosos para entender lo que sucede en el mundo natural, pero no lo es cuando de lo que se trata es de los asuntos humanos, es decir, de aquello que debe suceder. En esto somos nosotros mismos, los que como agentes,

podemos dar inicio a algo en el mundo. Aquí estriba el sentido de nuestra libertad frente al determinismo de la naturaleza. Se trata de un factum indiscutible en el que se fundan los modos humanos del decidir y el omitir.

Un segundo aspecto que es preciso tener en cuenta es que estas tres preguntas no le exigen a la filosofía una respuesta; el mismo Kant tampoco cree que la filosofía tenga que proporcionar una nueva respuesta cuando las demás ha dejado de tener crédito. El cometido de su reflexión no consiste en ofrecer una preceptiva para el conocer, el hacer o el esperar. Sería incluso una exagerada pretensión pedirle al filósofo, del que por lo demás Kant dice que no existe en concreto en ninguna parte, que decidiera sobre cualquiera de los tres ámbitos que señalan las preguntas. El que se las da de sabelotodo, de moralista o de profeta simplemente es o un estafador o un sofista. En la filosofía no se trata de saber y de dominar, sino más bien de preguntar y de deliberar, tanto si se trata de deliberaciones del alma consigo misma, como de deliberaciones compartidas en el espacio público de la razón.

Mi interpretación en este sentido es que las tres preguntas no pueden reducirse a una ratificación fetichista del modo de conocimiento científico, ni a un proyecto moralizador de las costumbres, ni menos aún, a un dogmatismo político como al que se quiere exponer el pensamiento crítico de Kant en las teorías políticas contemporáneas. La característica propia de la filosofía, tanto ayer como hoy, es no tener lugar, no tener territorio. Respecto a esto Kant representó el papel de la filosofía en una metáfora, la cual se encuentra en el Tercer Capítulo de la Analítica Trascendental, titulado “El fundamento de la distinción de todos los objetos en general en fenómenos y noumenos”:

“No sólo hemos recorrido el territorio del entendimiento puro y examinado

cuidadosamente cada parte del mismo, sino que, además, hemos comprobado su extensión y señalado la posición de cada cosa. Ese territorio es una isla que ha sido encerrada por la misma naturaleza entre límites invariables. Es el territorio de la verdad -un nombre atractivo- y está rodeado en un océano ancho y borrascoso, verdadera patria de la ilusión, donde algunas nieblas y algunos hielos que se deshacen prontamente producen la apariencia de nuevas tierras y engañan una y otra vez con vanas esperanzas al navegante ansioso de descubrimientos, llevándolo a aventuras que nunca es capaz de abandonar, pero que tampoco puede concluir jamás” .

En el contexto en el que está presentada esta metáfora, se entiende que el ejercicio de la filosofía es semejante a la actividad del marinero o del navegante, que sin habitar la verdad -la isla- se expone al vaivén del tempestuoso mar de las opiniones -la apariencia, la ilusión. El océano simboliza el conjunto de saberes en los que, sin embargo, la vida humana se autocomprende de manera no científica: la moral, el derecho, la política, la belleza natural y la belleza artística, en resumen, la vida simbólica y cultural. En este sentido, frente a las preguntas que resumen las aspiraciones de la racionalidad humana, la función filosófica del pensamiento humano consiste en hacer inteligible la estructura de las facultades que hacen posible el conocimiento, la vida moral, la experiencia religiosa y estética, así como las maneras sociales y políticas de la acción.

Quisiera precisar esto diciendo que la filosofía kantiana no es una apología de la ciencia ni tampoco una epistemología del conocimiento científico; su interés es, más bien, reflexionar sobre la naturaleza del conocimiento humano, para resaltar en él sus límites. Reconocer los límites, comprender la propia finitud de la razón puede entenderse como la esencia del auténtico pensar. Hemos de recordar, con Platón, que

ningún dios filosofa y, por eso, la filosofía no es posesión de la verdad, sino saber de los límites, saber del no-saber.

Asimismo, y dado que Kant escribió cuatro libros sobre la moral -la Crítica de la Razón Práctica, la Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres, la Metafísica de las Costumbres y las Lecciones de ética- no puede ser considerado un moralista o un creador de la moral. La moral surge de la cultura, de la interacción, de la vida compartida. La filosofía es más modesta. Su ejercicio consiste en dilucidar las estructuras, las fuentes o las motivaciones de la vida moral. La cuestión misma de las decisiones morales es algo que se tiene que resolver en la vida de la acción, algo en lo que los filósofos profesionales son de muy poca ayuda.

Otro tanto cabe decir sobre cuestiones como la belleza, tanto la natural como la artística. Es claro que la filosofía, a lo sumo, puede ayudar a comprender el sentido de lo bello para nosotros; la cuestión de qué sea bello o feo, sublime o terrorífico, es algo que depende del juego espontáneo de las facultades de conocimiento. En igual situación se encuentran las experiencias religiosas y el comportamiento político, asuntos que corresponden a la tercera pregunta. Sobre ambas no puede haber un saber doctrinal, sino más bien crítica, es decir, interpretación, comprensión, reflexión -actividades propias del juicio reflexionante-, las cuales tienen una función práctica u orientadora para la vida y la acción. Esto permite entender por qué la filosofía política kantiana difícilmente puede interpretarse como ideología que favorezca un modo particular de gobierno; su interés político, si es que hay alguno en su pensamiento, es más bien la apuesta por una ciudadanía no activa, no revolucionaria, sino contemplativa y reflexiva que evita participar en los acontecimientos del mundo a través de

filiaciones doctrinales o de partidos, a las cuales les es inherente, en algún momento, el despotismo y la tiranía.

Tiendo a pensar que a esta forma de ciudadanía, la del ejercicio libre y público de la razón, es a la que alude el más popular de los escritos de Kant, respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración? No sobra subrayar, que la ciudadanía de la que allí se habla no sólo es válida para cuestiones, situaciones o acontecimientos políticos; también incluye, a su modo, el comportamiento estético, el comportamiento moral y la sociabilidad en general. Esta versión de la ciudadanía está incluida en la distinción que el mismo Kant hizo cuando afirmó que somos ciudadanos de dos mundos: como miembros pertenecientes al reino de la naturaleza estamos sometidos como fenómenos a sus leyes; como seres inteligentes y simbólicos legislamos sobre nosotros mismos, es decir, artificializamos nuestra naturaleza: el gusto en el sentido de la estética, pero también la vida ética que fabricamos, así como las diversas conformaciones simbólicas de mundo en las que habitamos; todas ellas son maneras de alzarnos un poco por encima de los límites que nos traza nuestra misma naturaleza.

Todo esto está contenido en las tres preguntas que abarcan los intereses de la razón. Como puede verse al leer las obras de Kant, estas preguntas condujeron a la elaboración de una compleja teoría de las facultades, las cuales conforman una familia. Quizá lo más fundamental de su legado es, como lo señala Hannah Arendt, el descubrimiento de las facultades: “Sabemos, gracias al propio testimonio del filósofo, que el momento decisivo de su vida fue el descubrimiento (en 1770) de las facultades cognitivas del espíritu humano y de sus limitaciones, cuya elaboración le llevó más de diez años y que publicó como *Crítica de la razón pura*”. Como queda dicho, con

este descubrimiento Kant se dio a la tarea de hacer comprensible los conceptos, los esquemas, las ideas y las estructuras que nos permiten representarnos y experimentar la realidad. Con la siguiente reflexión que ha propuesto la filósofa Mary Midgley quizá podamos entender mejor el propósito de la filosofía de Kant:

“¿Se parece la filosofía al oficio de reparar tuberías? (...) La fontanería y la filosofía son actividades que surgen debido a que culturas complejas como las nuestras cuentan, bajo su superficie, con un sistema bastante intrincado que por regla general pasa inadvertido, pero que a veces no funciona adecuadamente. En ambos casos, esto puede tener graves consecuencias (...) La filosofía existe para satisfacer la necesidad de reajustar nuestros conceptos. No es una necesidad que sólo sienta la gente muy culta. Es una necesidad que puede arruinar la vida incluso de personas con poco interés por el pensamiento, y su influencia la puede sentir cualquiera que se ponga a pensar. Cuando dicha influencia se vuelve más intensa, quienes se deciden a pensar con mayor tesón consiguen a veces idear un remedio para ese oscuro malestar; es así como comenzó originariamente la filosofía. Repetidas veces en el pasado, cuando los esquemas conceptuales comenzaban a funcionar mal, alguien se las ingeniaba para sugerir cambios con los que liberarse del obstáculo, permitiendo así que el pensamiento fluyera hacia donde se necesitaba”.

CRITERIOS ORIENTADORES DE LA EXPERIENCIA DEL PENSAMIENTO Y DE LA ACCIÓN

Dentro del objetivo de indicar de qué manera Kant se presenta como interlocutor de nuestro tiempo, es preciso articular las preguntas ¿Qué puedo conocer?, ¿Qué debo hacer? y ¿Qué

puedo esperar?, con la tríada de criterios, máximas o pautas que Kant presentó en el parágrafo 40 de *La Crítica de la Facultad de Juzgar*, la obra de Kant que quizá más ha llamado la atención en la última década, tal vez incluso mucho antes, en 1960, con la aparición de *Verdad y Método* de Hans-Georg Gadamer. Poco a poco hemos entrado en una revalorización del pensamiento kantiano a partir del interés que para nuestro tiempo ha suscitado esta obra, escrita en su vejez, es decir, cuando ya le escaseaban el tiempo y las fuerzas para acometer semejante aventura, digna de un impulso juvenil y que tanto fascinó a la primera generación de los románticos. Esta obra es una expresión de esa experiencia de maduración en la que alguien envejece sin perder la juventud.

Con esto no se quiere decir que estemos en un retorno a Kant, tal como fue preconizado por el neokantismo de principios del siglo XX. Con prejuicios reconocibles se han hecho, hasta el momento, cuatro interpretaciones que han hecho época de los escritos de Kant.

La primera interpretación centró su atención en la dimensión epistemológica sugerida en la *Crítica de la Razón Pura*. Se creía ver en esta obra la base conceptual más sólida de las teorías del conocimiento y de la ciencia; todos los demás escritos pasaban por ser bagatelas especulativas de un filósofo que ya había dicho lo esencial sobre el pensar, y a las que no había que prestarle mayor atención. Digamos que fue una interpretación orientada por el positivismo epistemológico en la que Kant fue identificado como el gran destructor de la metafísica y el gran defensor de la ciencia. Frente a esta versión hay que decir que la *Crítica de la Razón Pura* no es una teoría de la ciencia, sino más bien una reflexión sobre la experiencia humana del conocimiento en general, en la que se averigua su naturaleza, su estructura, sus alcances y sus límites.

La segunda interpretación sobre la filosofía de Kant dirigió la mirada hacia los escritos de ética y de filosofía moral. Se trata de la filosofía de los valores que emergió de la época de posguerra, la cual intentó fomentar algo así como una refundación de la moral ante la amenaza del desarrollo científico técnico de la racionalidad instrumental moderna. Nombres como los de Max Scheler, K-O. Apel, Jürgen Habermas o Adela Cortina encontraron buenos motivos para volver a Kant.

Una tercera interpretación está relacionada con la concepción ilustrada de la educación: sacar a los hombres del estado de rusticidad y de la Minoría de Edad fue, casi que hasta ayer, el espíritu de muchos de nuestros proyectos pedagógicos. Otro tanto habría que decir del afán actual por fomentar el ejercicio público de la razón, con lo cual el imaginario kantiano de la ilustración entra en la escena de los intereses políticos. Puede incluso apreciarse en la historia de la recepción de las obras de Kant que con el lema “Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento”, ha tenido lugar una interpretación que a veces concede primacía al conocimiento, otras veces a la moral y otras veces a la política, cosa que no puedo entrar a discutir ahora. Según lo primero, ser ilustrado es análogo a ser profesional o especialista en algún dominio del conocimiento. Según lo segundo, ser ilustrado se corresponde con la autonomía en las decisiones morales, es decir, ser antirreligioso, anticlerical o por lo menos, antiautoritarista –todavía Rorty defiende este estilo de pensamiento. Según lo tercero, ilustración es sinónimo de emancipación política y buena ciudadanía. Aún está por evaluarse la pertinencia y legitimidad de estas interpretaciones para nosotros hoy.

Una cuarta lectura, la más reciente, es la que se ha emprendido a raíz del creciente interés por el tema de la estética. No cabe duda que

la ofuscación de los llamados filósofos de la posmodernidad han encontrado en la Crítica de la Facultad de Juzgar una manera débil de reconciliarse con la modernidad. Hasta el punto de querer verlo todo a través de la lente de la estética. Incluso de manera paradójica se acentúa la crítica a la racionalidad moderna con uno de los mismos instrumentos que dicha racionalidad defendió. Se desconoce, por ejemplo, que Kant no abandona la racionalidad en su tercera crítica sino que más bien piensa una forma distinta de la racionalidad, una racionalidad libre de fines.

Una reivindicación del pensamiento y de la realidad sólo a través de la llamada experiencia estética es, como lo dice Gadamer, una abstracción. La abstracción de la conciencia estética que, en palabras sencillas puede decirse que consiste en la comprensión de una experiencia perceptiva del mundo desvinculada de la historicidad y de la cultura. Es algo así como el sumergirse del individuo o de la subjetividad en la vivencia de sí mismo, una especie de emancipación placentera de la realidad, experiencia que bien podría obtenerse con el empleo de otros medios, como por ejemplo el frenesí inducido mediante los dispositivos que ofrece la cultura del consumo, de los que no pretendo tampoco negar su valor simbólico.

La cuestión de si la Crítica de la Facultad de Juzgar es o no una teoría filosófica del gusto, o una reflexión sobre lo bello que convierte a la estética en una disciplina filosófica autónoma es una cuestión que no admite ningún reparo. Lo que sí me parece cuestionable es su desmembración del conjunto de la filosofía de Kant. Más cuestionable aún me parece creer que con ella se superan los asuntos que el mismo Kant había tratado en sus otras dos críticas, la Crítica de la Razón Pura y la Crítica de la Razón Práctica; mejor dicho, que con una teoría estética se puedan abandonar los

problemas del conocimiento y los problemas de la teoría moral. Ese afán de estetizarlo todo con el recurso a la teoría estética kantiana es más un precipitado esfuerzo por seducir, agradar y hacerse pasar por librepensador, que una actitud ajustada a los objetivos de la Crítica de la Facultad de Juzgar. Kant es muy claro en su planteamiento: mostrar el enlace o el puente entre el uso e intereses teóricos del entendimiento y el uso e intereses práctico de la razón. Al final del Primer Libro titulado la Analítica de lo Bello Kant presenta el paso del uso e interés teórico al uso en interés práctico de nuestras facultades con la formulación del concepto de sentido común: "Ello no queremos ni podemos investigarlo aquí todavía, sino que sólo nos proponemos ahora resolver la facultad del gusto en sus elementos y unificar estos, por último, en la idea de un sentido común" .

Como quien anda a trancos largos, paso a presentar brevemente el significado que el concepto de sentido común tiene en el conjunto de la filosofía del pensador alemán. Este es un tema muy conocido entre los estudiosos de Kant. Su exposición detallada se encuentra, como ya he dicho, en el parágrafo 40 de la Tercera Crítica:

"Por sensus communis hay que entender la idea de un sentido común a todos (...) Las siguientes máximas del común entendimiento humano no pertenecen, es cierto, acá, como partes de la crítica del gusto, pero pueden servir a la dilucidación de sus principios. Son estas: 1. pensar por sí mismo; 2. pensar en el lugar de cada uno de los otros; 3. pensar siempre acorde consigo mismo. La primera es la máxima del modo de pensar desprejuiciado, la segunda lo es del amplio y la tercera, del consecuente" .

Además de una necesaria reflexión en torno a cada una de estas máximas, tarea que ya han realizado otros -Norbert Bilbeny por ejemplo- es hermenéuticamente apropiado pensar dichas

máximas en relación con las tres preguntas que ya han sido enunciadas. Es plausible interpretar el conjunto de la teoría de las facultades en la perspectiva de estas pautas de pensamiento. Si esta posibilidad es correcta entonces tenemos que tanto el conocimiento, la moral, la política, la religión y la estética dependen del ejercicio del juicio o del sentido común, esto es, de la articulación, y no simplemente la sumatoria, de las tres máximas aludidas. Negativamente esto quiere decir, que sobre ellas no es posible una doctrina o un saber definitivo y absoluto. Ellas dependen del juego de las facultades, que finalmente tiene su base en el libre juego de la imaginación, esa raíz común del entendimiento y de la sensibilidad, pero desconocida para nosotros, como ya lo había indicado Kant en la Introducción a la Crítica de la Razón Pura .

Llama la atención que Kant articule las facultades a partir de la imaginación. Esta cumple tres funciones básicas: representar algo, esquematizarlo o presentarlo en una intuición, reproducir algo ausente y producir lo que nunca ha visto. Según la relación de las facultades entre sí, la imaginación cumple funciones diferentes. El conocimiento, la moral, las percepciones, la praxis política; en general, tanto el conocimiento del mundo como la manera de habitar en él, requieren del concurso de la imaginación. Tanto la ciencia, como la ética, la estética y la política no pueden ser que se reduzcan al seguimiento de patrones establecidos. Son cuestiones de juicio, de deliberación, de *Sensus communis*. El ejercicio del juicio, con el que todos contamos, es más imaginación que obediencia ciega a reglas. Sobre el modo del ejercicio del Juicio, en el sentido del juicio reflexionante, Kant nos dice que:

“El Juicio es un talento peculiar que sólo puede ser ejercitado, no enseñado. Por ello constituye el factor específico del llamado ingenio natural, cuya carencia no puede ser suplida por

educación alguna. En efecto, ésta puede ofrecer a un entendimiento corto reglas a montones e inoculárselas, por así decirlo, tomándolas de otra inteligencia, pero la capacidad de emplearlas correctamente tiene que hallarse en el aprendiz mismo”.

TRES: IMAGEN DE LA FILOSOFÍA: LA FILOSOFÍA EN LA CALLE.

La anterior elaboración del *Sensus communis* y del ejercicio del juicio son determinantes a la hora de obtener un retrato de la manera como Kant comprende el arte de pensar que desde la antigüedad se denomina Filosofía. Esto está asociado con el concepto de Crítica y con el paso de una representación academicista de la filosofía a una imagen mundana, cósmica o callejera del pensamiento. Deseo dedicarle un par de párrafos a estas dos cuestiones y con ello dejo abierta la conversación.

La actualidad del trabajo filosófico de Kant no sólo consiste en haber construido un entramado conceptual para hacerse cargo de las preguntas que inquietaban a sus contemporáneos, sino también en haberse empeñado en comprender su propio presente de una manera no dogmática, profética o escatológica. El concepto que Kant empleó para referirse a esta actitud que reflexiona sobre el presente es el de Crítica, el cual encabeza las intenciones filosóficas de cada una de sus tres grandes obras: Crítica de la Razón Pura (1781), Crítica de la Razón Práctica (1788), y Crítica de la Facultad de Juzgar (1790).

El ejercicio de la crítica no consiste en una actividad destructiva del presente así como tampoco en una crítica a los libros o a los sistemas de pensamiento; la crítica se orienta más bien hacia el análisis de los prejuicios y de los procedimientos que la propia razón emplea en los diversos ámbitos donde tiene lugar

su aplicación: las diversas formas de saber, la pluralidad de modos de estar y de actuar en el mundo, lo cual abarca el conjunto de instituciones que configuran la vida social. Para Kant, la crítica es la actividad propia de una razón que entiende que su primera y más importante tarea es la de investigarse a sí misma. Esta autocomprensión de la razón tiene como medida el que la libertad de pensar y de actuar se expresa en el reconocimiento de lo que es válido y vinculante, al mismo tiempo que en el aprendizaje de la modestia que sabe de los límites de todo saber y de todo poder. En este sentido, el ejercicio de la crítica solicita que, pese a la fuerzas que mueven y constituyen al ser humano en sus comportamientos, no estamos encerrados en límites infranqueables. La historia no sólo es condicionamiento, también es posibilidad, fuerza y poder.

Puede entenderse el ejercicio crítico de la racionalidad en varios sentidos: como fundamentación, siempre que se entienda por esta la práctica de entender cuáles son los prejuicios -los a priori- de nuestro saber y de nuestra experiencia. Crítica quiere decir también clarificación, delimitación y cuidado de los conceptos que empleamos para comunicarnos y entendernos unos a otros sobre algo en el mundo; Crítica, finalmente, quiere decir la experiencia de entender nuestras propias ideas en su justa medida, sin exageraciones y, sobre todo, sin las pretensiones de ejercer a través de ellas un poder sobre los otros. La crítica no es un saber especializado que algunos pudieran ejercer de manera exclusiva y excluyente. Ella es más bien una de las funciones de la razón y del ejercicio del juicio. Kant fue consciente de que su siglo, el siglo de Federico II, era el siglo de la crítica, lo que quiere decir, el siglo que ha fomentado la ilustración y el ejercicio público de la razón. No deberíamos limitar la actividad de la crítica a un mero ejercicio metodológico y cognitivo en el que las teorías se someten a prueba. La

crítica forma parte de la praxis -o de la vida cotidiana como decimos hoy- en la medida que cada vez nuestro actuar está más relacionado con instituciones que, en medio del trajín administrativo, así como de los sentimientos de inseguridad, incertidumbre y miedo, inducen una suerte de alogia y de incapacidad de actuar en la que nos sentimos a gusto.

El concepto de crítica está emparentado con la imagen de la filosofía que Kant acreditó y practicó en sus escritos. Kant cristalizó de manera magistral esta imagen de la filosofía en la *Crítica de la Razón Pura*, en la parte titulada *LA ARQUITECTÓNICA DE LA RAZÓN PURA*. En esta Kant aboga por una comprensión no escolar, académica o profesionalizante de la filosofía. La tipología del arte de pensar que propone este arquitecto de la razón rehabilita un sentido mundano, callejero, cósmico o cotidiano de la filosofía. La filosofía es una función del pensamiento y de la cultura que tiene su lugar de residencia en todo aquel que hace preguntas y se hace preguntas. Esta función es propiamente el ejercicio del juicio. Por eso la filosofía no se aprende, a lo sumo se aprende a filosofar ejercitando, en uno y con los otros, la propia razón, lo cual no es un patrimonio exclusivo de los profesionales de la filosofía. En palabras de Kant:

“Nunca se aprende la filosofía (a no ser desde un punto de vista histórico). Por lo que a la razón se refiere, se puede, a lo sumo, aprender a filosofar (...) La filosofía es la mera idea de una ciencia posible que no está dada en concreto en ningún lugar, pero a la que se trata de aproximarse por diversos caminos hasta descubrir el sendero único, recubierto en gran parte a causa de la sensibilidad, y hasta que consigamos, en la medida de lo concedido a los hombres, que la copia hasta ahora defectuosa sea igual al modelo. Mientras esa meta no haya sido alcanzada, no es posible aprender filosofía, pues ¿dónde está, quién la

posee y en qué podemos reconocerla? Sólo se puede aprender a filosofar, es decir, a ejercitar el talento de la razón (...) En tal sentido demostraría gran arrogancia el llamarse a sí mismo filósofo y pretender igualarse a un prototipo que sólo se halla en la idea” .

Con este concepto cósmico o mundano de la filosofía Kant reflexiona sobre las tensiones de la modernidad: una época que en su fetichismo epistemológico logró acreditar también una razón que juega dialécticamente en los artificios de la ilusión: El progreso, la Mayoría de Edad, la paz perpetua, el uso público de la razón.

Esta imagen de la filosofía nos previene, asimismo, de creer que cuando se lee y se intenta interpretar la obra de un gran pensador, todo queda clarificado. Mientras las preguntas puedan mantenerse en pie sigue viva la fascinación que origina al pensamiento.



Ni siquiera los mejores saben con certeza qué debería ser el hombre, pero cualquiera puede aprender de los demás qué es el hombre.

George Christoph Lichtenberg